

—¿Hace mucho tiempo que estais en Francia?

—Diez años.

—He conocido á vuestro padre, y esta circunstancia...

—¡Ah! ¿Habeis conocido á mi padre?

—Sí, en el Havre. Creo que ha muerto.

—Sí.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

—¿Cosa mas singular! ¿Y su fortuna?

—Desapareció. A la vez quedé huérfana y pobre.

—¿Cosa más singular! volvió á decir Blunner. Repito que estoy enteramente á vuestra disposicion. Volveré.

Pero antes de salir se volvió, y mirando fijamente á Juana, añadió:

—¿Quedamos en que no os opondeis á ese matrimonio?

—Id tranquilo, le contestó Juana volviéndole la espalda.

En cuanto sintió cerrarse la puerta, Juana llamó á su doncella.

—Julia, le dijo, prepara mis maletas.

—¡La señora se val!

—Por ocho dias nada mas. Esta misma noche saldré de París.

—¿Acompañaré á la señora?

—No. Voy sola. No pongais en la maleta mas

que dos ó tres vestidos y otras tantas mudas de ropa blanca. En fin, lo absolutamente necesario. No perdais tiempo.

Cuando Juana se quedó sola, se dejó caer en una butaca y rompió á llorar amargamente.

¡Todo habia acabado para ella!

XXIV.

En país desconocido.

Cuando Juana partió de la estacion de Montparnasse llevaba el corazon oprimido.

Apenas sabia donde iba.

Si miraba hácia atrás, veia las espigas que habian destrozando sus piés, y si miraba hácia adelante, se presentaba ante sus ojos un horizonte todavía mas triste.

Sólo servía de punto de descanso á su espíritu, combatido por tantos dolores, el recuerdo de los lejanos sitios en que habia corrido su infancia, allá, al otro lado del mar.

En la isla de Borbon habia pasado los diez primeros años de su vida, rodeada de toda clase de cuidados, servida por esclavas de color, durmiendo en los brazos de una mujer indolente y dulce y corriendo por las calles de árboles de una magnífica quinta á la italiana.

Pero un día, su padre la llevó á la cabecera del lecho de la Santa mujer que la habia mecido en sus brazos, y que antes de espirar, grabó un beso de indefinible amor en su frente.

Desde aquel dia empezaron sus desgracias.

Su padre desapareció, desapareció su fortuna, y se encontró sola y pobre en el mundo, con su debilidad y con su hermosura, que era otro grave peligro para ella.

Un momento la sonrió la esperanza.

¡Pero cuántos años de amarguras y desengaños la iban á costar aquellas breves horas de confianza y de alegría!

Todo habia concluido.

La disolucion era completa.

Roger, á quien tanto habia amado por creerle leal y generoso, la engañaba cobardemente.

En el primer momento de cólera, despues de la revelacion de Blunner, partió para Bretaña, sin un fin determinado, sin un plan preciso, por necesidad de distraerse, para cambiar de aire, para reponerse del terrible golpe que habia recibido.

Pero, cuando mas serena, se preguntó para qué iba á Bretaña, estuvo á punto de apearse en la primera estacion y volver á París.

¿Qué bienes le podian resultar de aquel viaje?

¿Á quién, en un país completamente extraño, podría confiar sus quejas?

¿Al amante que la desdeñaba? Nunca se humillaria ante él.

¿Á la mujer que iba á ocupar en el corazon de Roger el lugar que á ella sola le correspondia?

La despreciaria.

¿Á qué, iba pues, á Bretaña?

¿Qué iman la atraia hácia aquel país?

Reflexionándolo bien, pudo al fin hallar la respuesta á esta pregunta.

A pesar de las advertencias del marqués de Presle, á pesar de la revelacion del judío Blunner, á pesar de la evidencia de su desgracia, no podia dudar de su amante é iba á Bretaña á convencerse por si misma de la realidad de su infamia, que empezaba por privar á su hijo del nombre que le correspondia.

He aquí lo que pensaba hacer primeramente.

Despues se aconsejaria de su orgullo, y no de su amor, para saber lo que debia hacer.

Absorta en estos pensamientos, no se fijó en nada de lo que pasaba á su alrededor.

Cuando el tren llegó á Bellevue, giró en torno suyo una mirada.

Al extremo opuesto del vagón iban un caballero y una señora, y frente por frente de ella, un jóven como de veinticinco á veintiseis años, rubio, con el pelo cortado á la inglesa y la barba cuidadosamente atusada.

—Iba leyendo un periódico, y gracias á su distrac-

ción, Juana pudo estudiar en su fisonomía sin que él notase el exámen de que era objeto.

No halló en él nada que le llamase la atención, excepto la inteligencia que revelaba lo espacioso de su frente y la bondad que respiraba todo el conjunto de sus facciones.

¿A qué clase de la sociedad pertenecía aquel hombre?

Era difícil precisarlo.

Juana volvió á concentrarse en sí misma.

En Rambouillet, el caballero y la señora se apearon, dejando solos al joven rubio y á Juana.

El desconocido habia leído el periódico que llevaba en la mano, desde el título hasta el pié de imprenta.

Era *El Tiempo*.

Dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo.

El semblante agraciado de la criolla debió producirle agradable impresión, porque no dejó de mirarla un sólo momento.

Sin embargo, tuvo que esperar á que el tren anduviera cuarenta ó cincuenta kilómetros para decidirse á dirigirla la palabra.

—¿Vais á Bretaña, señora? la preguntó.

Juana se levantó el velo y contestó con otra pregunta:

—¿Y vos, caballero?

—Soy breton. He acabado en París la carrera de

medicina, y aprovecho una ocasión que se me ha presentado para hacer una visita á mi familia, de la cual hace mucho tiempo que estoy separado.

—¿Cometería una imprudencia preguntándoos á qué ocasión os referís?

—No, por cierto. Soy ayudante de un cirujano muy conocido. Acaba de practicar una operación muy delicada á un viejo muy rico que habita en Lorient, y voy á asistirle hasta que termine su curación. Lorient está muy cerca del pueblo de mi nacimiento, y podré ir con frecuencia á ver á mi familia.

—¿Cuál es el pueblo de vuestro nacimiento?

—Un pueblo que está á seis leguas de Vannes.

Juana respiró, comprendiendo que no tenia que temer nada de aquel joven tímido que cuando la miraba, se ponía encarnado como una mujer, y se expresaba con la mayor circunspección.

Además, no conociendo el país, la amistad de aquel joven era para ella una verdadera adquisición.

—¿Conoceis los alrededores de Vannes? le preguntó.

—Perfectamente.

—¿Sí?

—He nacido muy cerca de Vannes., En una especie de desierto.

—¿Cómo se llama?

—Penhoet.

—Nunca he oído ese nombre.

El joven se sonrió tristemente.

—No es extraño, dijo. Es un pueblo muy retirado, donde no va nadie. Sin embargo, depende de los vastos dominios de una familia poderosa.

—¿Cómo se llaman esos dominios?

—Santa Gilda de las Landas.

—¿Y su propietario?

—La marquesa de Fonterose. Tiene una hija que se llama Nicolasa.

Juana abrió los ojos desmesuradamente.

La casualidad tomaba parte en sus asuntos.

Necesitaba á toda costa hacerse amiga de aquel joven.

—¿Conoceis á la señora marquesa de Fonterose? preguntó el desconocido. Parece que su nombre os ha producido cierta emoción... No tendría nada de particular. Su marido, el marqués, ha dejado un nombre ilustre. Murió en la última guerra.

—¿Vuestro pueblo está situado cerca de Santa Gilda.

—En los mismos límites del bosque que pertenece al castillo. Allí habitan mi madre y mis hermanos. Yo hace más de diez años que abandoné el país?

—¿Por qué?

—Por una razón muy sencilla. Para estudiar y poder ganarme la vida. Lo necesito.

—¡Ah! exclamó Juana comparando interiormente sus respectivas oposiciones.

Y añadió en alta voz:

—Confieso que me inspirais una viva simpatía. Por eso voy á permitirme preguntaros si habeis conseguido vuestro objeto.

—Aunque con trabajo, me basto á mi mismo. Pero aspiro á hacer más que vivir. Quisiera también ser útil á mis hermanos.

—¿Amáis á vuestra familia?

—Con todo mi corazón. ¿A quién si no podría yo amar?

—Teneis razón. Sois más dichoso que yo. Yo no tengo ni familia á quien amar.

A partir de este momento, Juana y el joven viajero se comunicaron sus impresiones, como pudieran haberlo hecho los amigos más íntimos.

Al llegar á Rennes, Juana conocía la historia de su compañero de viaje como él mismo.

Sabía que había sido admitido gratuitamente en un colegio el año de 1876, gracias á la recomendación de un antiguo amigo de su familia, que se había consagrado al estudio con verdadera fe y que más tarde se había establecido en París para seguir una carrera, viviendo allí rodeado de las mayores privaciones.

Después de una lucha de muchos años, había llegado al doctorado en medicina.

No ocultó á Juana que su familia era pobre, aunque de noble origen, y que sus hermanos vivían de la caza, excepto el mayor, que cultivaba las tierras que se habían salvado del naufragio de su fortuna.

Juana le escuchó en silencio, y conmovida por la honradez que revelaban sus palabras, le confió también parte de su historia, diciéndole que era natural de la isla de Borbon, que á consecuencia de la muerte de su madre, su padre habia vuelto á Francia y allí habia desaparecido éste, no dejando huellas de su paradero, pero no le dijo su nombre.

Tampoco vaciló en confesarle que, á consecuencia de la pérdida de la fortuna que su padre habia hecho en la isla de Borbon, habia quedado pobre, teniendo que hacerse institutriz para vivir.

Despues habia cambiado su suerte, trocándose en próspera; pero circunstancias imprevistas habian renovado para ella los dias de prueba.

Y adelantándose á la natural curiosidad de su compañero de viaje, añadió que iba á Bretaña sin objeto, únicamente para distraer sus penas.

Despues hizo que la describiera el sitio en que radicaba el castillo de Santa Gilda y sus alrededores.

El jóven sacó una tarjeta del bolsillo, y en el reverso hizo el croquis de aquellos lugares.

En la tarjeta se leía este nombre:

CLAUDIO KERANDAL.

Y debajo estas señas:

D. M. P.

20, CALLE DE HAUTEFEUILLE.

Al leer el nombre de Cláudio Kerandal, Juana se estremeció.

Aquel nombre no la era completamente desconocido Recordaba haberle oido otra vez, hacia mucho tiempo, aunque no sabia dónde ni con qué motivo.

No pudiendo precisar sus recuerdos, se limitó á estudiar el croquis trazado por su compañero de viaje en la tarjeta.

Elven era el punto mas próximo al castillo de Santa Gilda, y segun le dijo Cláudio, el mas pintoresco

Juana le preguntó si encontraria en Elven una casa en que alojarse, y Cláudio la recomendó la posada de Nicoli Jacut, á cuyo frente estaba á la sazón su viuda, excelente mujer.

El día sucedió á la noche.

El tren llegó á Vannes.

En Vannes tomaron Juana y Cláudio un carruaje para que les condujera respectivamente, á Cláudio á Penhoet y á Juana á Elven.

El día estaba nublado y frio.

Despues de una hora de camino, Cláudio señaló á Juana un edificio cuya masa informe se destacaba en el horizonte.

—Aquel es el castillo de Santa Gilda, la dijo. Es una construcción tan sólida, que desafía á los siglos. Me creereis orgulloso por lo que voy á deciros, pero no lo soy. No os cuento mas que la verdad, por inverosímil que os parezca. En ese castillo tiene origen mi

familia. Los Kerandal, que son hoy unos pobres diablos, lo terminaron y lo engrandecieron. Pero todavía hay ricos entre los Kerandal. Los Kerandal ricos son hoy los Fonterosés. La hija del mayor de los Kerandal cambió de apellido al casarse. Los Kerandal, pobres, somos nosotros, los que vivimos en Penhoet.

Juana experimentó una sensación dolorosa, no sólo al oír estas palabras, sino al contemplar el país que atravesaba.

Se le figuraba que no era la primera vez que le veía.

Y sin embargo, nunca había estado en Bretaña.

No había hecho más que oír hablar de ella á su padre, y estos recuerdos eran los que se presentaban á su imaginación.

El carruaje llegó á Elven.

—Ya hemos llegado, dijo Cláudio.

—Teneis razón, amigo mio, exclamó Juana. El aspecto de estos lugares es el de un desierto. ¿Vendreis á verme alguna vez?

—Con mucho gusto.

—¿Cuánto teneis que andar todavía para llegar á Penhoet?

—Cuatro leguas próximamente.

Juana y Cláudio se apearon á la puerta de la posada del Condestable, que así se llamaba la posada de la viuda de Nicoli Jacut.

XXV.

La posada del Condestable

La llegada de un carruaje era un verdadero acontecimiento para Elven.

Al detenerse á la puerta de la posada del Condestable, salió la moza de la posada, que era á la vez una arrogante moza, á recibir á los viajeros, presentándose algunos momentos despues la viuda de Jacut, que era una verdadera matrona por su estatura y su grosor.

Al primer golpe de vista reconoció á Cláudio.

—¡Eres tú, hijo mio! exclamó acercándose al jóven viajero con los brazos extendidos. ¡Cuánto tiempo hace que no te he visto! Eres tan raro como los luises de oro.

—Sí, yo soy, señora Jacut, la contestó Cláudio. Os traigo á una jóven con quien he hecho el viaje desde París. Quería quedarse en Vennes, pero yo la he dicho que en ninguna parte estaria tan atendida como en vuestra casa.

Y bajando la voz, añadió:

—Ha tenido algunos disgustos y viene á olvidarlos al campo. Os la recomiendo muy eficazmente.

—Puedes irte tranquilo, le contestó la señora Jacut. ¿Y qué ha sido de tí en tanto tiempo?

—Ya soy médico, señora Jacut.

—¿Tal vez doctor?

—Sí, señora, doctor.

—Deja que te dé otro abrazo.

Cláudio se dejó abrazar, recordando que la señora Jacut le había visto nacer.

Esta, despues de abrazar á Cláudio, se volvió hácia Juana.

—Dispensadme si no he pensado en vos hasta ahora, la dijo. Este bribon tiene la culpa. Fuí su primera nodriza, y además su padre era íntimo amigo de mi difunto esposo. ¿Vas á Penhoet, Claudio?

—Sí, señora, voy á Penhoet, donde pienso pasar algunos dias. Despues me trasladaré á Lorient, donde tengo que asistir á un enfermo. Siempre que pase por aquí, os haré una visita.

—Sí, ven á vernos, le contestó la señora Jacut, guiñando los ojos maliciosamente.

La moza de la posada, Marta Cahusac, se hizo cargo del equipaje de Juana y lo condujo á una de las habitaciones del piso principal, mientras Juana y Cláudio seguian á la señora Jacut, á la cocina, en donde á la sazón habia algunos vecinos del pueblo, hablando, bebiendo y fumando alrededor de una mesa.

Juana, aunque no sin repugnancia, porque aquella atmósfera de humo de tabaco la ahogaba, accedió á sentarse en una mesa que habia enfrente de la de los bebedores.

Quería invitar á Cláudio á comer con ella, pero no se atrevia.

La señora Jacut, como si hubiera adivinado su pensamiento, dijo á Cláudio:}

—No consentiré que te vayas sin tomar un bocado y un vaso de vino. Siéntate al lado de esta señora. Lo mismo te da llegar á Penhoet una hora antes que una hora despues.

Esta proposicion, al mismo tiempo que los deseos de Juana, satisfizo los de Cláudio.

—Mientras tanto, dijo Marta Cahusac, que habia dejado ya en sitio seguro el equipaje de Juana, echarán un pienso al caballo. Todavía tiene que andar tres leguas muy largas.

Mientras la señora Jacut ponía la mesa, Juana, acompañada de Marta, subió á la habitacion que la habian destinado á cambiar su traje de viaje por otro mas cómodo.

Entre los parroquianos de la señora Jacut estaban el maestro de escuela, el secretario del ayuntamiento, el notario y algunos cazadores.

—¿Quién es esa jóven? preguntó á Cláudio la señora Jacut.

Cláudio no pudo decirla si no que venia de París y que pensaba pasar una temporada en Bretaña para olvidar sus penas, haciendo una vida mas sosegada que la de la gran capital.

—Tal vez será una de esas mujeres... observó la señora Jacut

Cláudio se apresuró á interrumpirla.

—No penseis mal, señora Jacut, exclamó. Es una institutriz.

—Una institutriz como la señora Simonet, la institutriz de Santa Gilda, contestó la señora Jacut interrumpiendo á su vez á Cláudio.

—Sí, repuso éste.

—¡Pobres mujeres! exclamó la señora Jacut. Bien mirado, las institutrices no son mas que unas criadas mejor vestidas que las otras. Pero basta que tú me la recomiendes, para que haga en su obsequio todo lo que me sea posible.

Un cuarto de hora despues volvia Juana á entrar en la cocina, radiante de hermosura con su nuevo traje.

En aquel momento se decidió la suerte de Cláudio.

Todas sus aspiraciones de fortuna se fundieron en una sola: en el amor de Juana.

Juana se sentó á la mesa, y Marta sirvió la comida, que fué silenciosa, estando como estaban abstraídos, Cláudio en la contemplacion de la hermosura de Juana, y Juana en el recuerdo de Roger.

Juana quiso someter á Cláudio á un nuevo interrogatorio, pero no lo hizo, temiendo vender su secreto, á pesar de la confianza que le inspiraba su nuevo amigo.

Al terminar la comida, Cláudio se levantó:

—Hasta la vista, le dijo Juana dándole la mano.

Cláudio se la estrechó temblando de placer.

La señora Jacut, despues de partir Cláudio, hizo el mas entusiasta elogio de sus buenas cualidades, haciendo constar que no se parecia en nada á sus hermanos.

—Parece imposible, añadió, que esa oveja haya nacido en una caverna de lobos.

Tampoco queria bien la señora Jacut á los Fonterose, porque siendo ricos, habian vuelto la espalda á los Kerandal, y habló de ellos de una manera que no les favorecia, concluyendo su discurso con estas palabras, que hicieron palidecer á Juana.

—Y lo mismo que han hecho los Fonterose con los Kerandal, hicieron con los Trelan. Afortunadamente, éstos abandonaron el país, y puede que en otra parte sean felices.

—¿Habeis hablado de los Trelan? preguntó Juana visiblemente conmovida.

La señora Jacut iba á contestar, cuando sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

Se volvió y reconoció á Michaud, que con su talla descomunal ocultaba al señor Lesguidou, que le seguia.

La señora Jacut saludó á sus dos nuevos huéspedes, y encarándose con el señor Lesguidou, le dijo:

—Vos los habeis conocido, señor Lesguidou.

—¿De quién hablais, señora Jacut? la preguntó el señor Lesguidou.

—De los Trelan.

—Seguramente.

—Noel Trelan vendió á mi marido el único pedazo de tierra que le quedaba.

—He oido decir, repuso el señor Lesguidou, que Noel Trelan habia conseguido hacer fortuna en el extranjero.

Juana escuchaba con ansiedad esta inesperada revelacion.

Noel Trelan era su padre.

La señora Jacut cambió de conversacion.

—Quita la capa al señor Lesguidou, dijo á Marta.

Mientras Marta cumplía las órdenes de la señora Jacut, el señor Lesguidou preguntó á ésta en voz baja:

—¿De dónde habeis sacado esta huésped?

—Es una señora de París que viene á pasar unos dias en Bretaña, le contestó la señora Jacut, tambien en voz baja.

No era necesario tanto para picar la curiosidad del astuto notario.

Se encaró con Juana y la preguntó:

—¿Hablábais de los Trelan?

—Sí, señor.

—¿Los conociais?

—Sí señor.

—¿Dónde los habeis conocido?

—En la isla de Borbon, de donde soy natural. Allí conocí á Noel Trelan.

—Tengo entendido que se casó allí.

—Sí, señor.

—Con una criolla muy rica.

—Os han dicho la verdad. Su mujer murió algunos años despues, dejando una niña de corta edad.

—¿Y no sabeis qué ha sido de él?

—Realizó sus bienes y se embarcó para Francia.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—En 1870.

La emocion con que seguia Juana este diálogo no podia pasar inadvertida para un hombre tan astuto como el señor Lesguidou.

—¿Permanece Noel Trelan en Francia desde aquella época?

—Llegó al Havre en el mes de Octubre de 1870, puso á su hija en un colegio de aquella ciudad y emprendió un viaje, del que no ha vuelto todavía.

—¿No sabe su hija dónde está?

—No, señor.

—¿Cosa mas extrañal exclamó el señor Lesguidou.

—Sobre todo siendo rico, observó Michaud. En eso no se parecia á sus primos.

—¿Quiénes son sus primos? preguntó Juana.

—Los Kerandal, los parientes de Cláudio, repuso la señora Jacut.

—De manera, siguió preguntando el señor Lesguidou, que Noel Trelan salió del Havre sin decir dónde iba.

—Sí por cierto.

—¿Y desde entonces nadie ha vuelto á saber de él?

—Nadie.

—Es extraño, y muy extraño... ¿Y qué ha sido de su fortuna?

—Desapareció con él.

El señor Lesguidou se quedó profundamente pensativo.

Pero cuando volvió de su abstracción, en vez de seguir interrogando á Juana, se volvió hácia la señora Jacut, y la dijo:

—Señora Jacut, haced que me sirvan un buen plato de sopa.

—¿Y después?

—Un estofado de liebre ó pollo asado. ¿Estais conforme con mi eleccion, Michaud?

Necesitamos reparar las fuerzas.

Michaud hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sería muy exigente si no lo estuviera.

—Ya sabeis que pago yo, dijo el señor Lesguidou, dando á Michaud una palmada en el hombro. No bajará la cuenta de cincuenta escudos. Pero... no importa... Bien lo merece el hallazgo que he hecho.

Marta se acercó al señor Lesguidou y á Michaud, y les dijo:

—La sopa está en la mesa.

Antes de salir de la cocina para dirigirse al comedor, donde la señora Jacut había mandado á Marta

que les pusiera la mesa, el señor Lesguidou se volvió para mirar á la hermosa viajera, que parecia muy pensativa.

—¿No os ha hecho sospechar nada la presencia de esa desconocida aqui? preguntó el señor Lesguidou á Michaud en cuanto estuvieron solos.

—¿A mí?

—Sí.

—Nada.

—¿Sabeis lo que quiere decir eso?

—No por cierto.

—Pues eso quiere decir que las gentes de vuestro país no ven más allá de sus narices.

—Comed y luego hablaremos, señor Lesguidou. La sopa está deliciosa.

—Está demasiado caliente. Quiero decir además que un hombre tan honrado como vos no puede caxarse con Santa Kerandal.

—¿Qué crimen ha cometido?

—Ninguno.

—Entonces.

El señor Lesguidou, bajando la voz, añadió.

—¿Sois discreto?

—Es mi deber.

—¿No direis á nadie lo que voy á confiaros?

—A nadie.

—Siempre he sospechado que los Kerandal se habían valido de algun medio poco correcto para agen-

ciarse el dinero con que pagaron sus deudas en 1870. Tanto dinero no se encuentra en mitad de la calle.

—Es verdad, contestó Michaud, sin dejar de comer.

—Hace diez años que me devano los sesos por penetrar ese misterio.

—¿Y lo habeis descifrado ya?

—No, pero estoy en camino de descifrarlo. Tengo la primera palabra. La desconocida me la ha dado.

—No os entiendo.

—Vamos por partes.

—¿Pero no comeis, señor Lesguidou?

—No tengo prisa.

Marta llegó en aquel momento y puso sobre la mesa el estofado de liebre.

El señor Lesguidou hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Noel Trelan salió de Bretaña en busca de fortuna hace cuarenta años.

—No me opongo, contestó Michaud acercándose el plato del estofado.

—Recorrió medio mundo.

—Tampoco lo negaré.

—Y por fin se fijó en la isla de Borbon.

—Quedamos en que se fijó en la isla de Borbon.

—Allí se casó con una hija del país.

—No, es imposible.

—Su mujer era muy rica, pero se murió á lo mejor.

—No es la primera vez que sucede una cosa parecida.

—¿Qué hizo entonces Noel Trelan?

—Vos no hubiérais inventado nunca la pólvora. Siento tener que deciroslo,

—Mas siento yo tener que oirlo. Seguid.

—Noel Trelan, en cuanto se quedó viudo sintió la nostalgia del país.

—¿Y qué es eso?

—Una enfermedad que ataca á los que viven mucho tiempo alejados del sitio en que nacieron. Realizó sus bienes, se echó el dinero en el bolsillo, y cogiendo de la mano á su hija, se encaminó para Francia ¿Comprendeis?

—Perfectamente.

—Me alegro.

—¿Y qué sucedió despues?

—Desembarcó en el Havre.

—No lo dudo.

—Puso á su hija en un colegio para estar más libre, y emprendió un viaje sin decir á dónde iba. Seguid escuchando atentamente.

—Os advierto que el estofado se enfria.

—No importa. ¿Dónde hubiérais ido vos, de estar en su pellejo?

—Primero le hubiera meditado, y luego...

—Conozco vuestro celo por el servicio, pero nunca pondreis la mano encima á ningun criminal. Lo natural era que fuese á su país natal, es decir, á Breta-

ña; esto es, á este canton, á casa de sus parientes, á casa de los Kerandal.

—¿Y despues? preguntó Michaud.

—¡Rayos y truenos!, exclamó el señor Lesguidou levantándose; despues sucedió lo que voy á deciros. El país estaba en guerra, y el viejo Kerandal, calculando que en tiempo de guerra nadie se fija en las personas que entran y salen en un pueblo, asesinó á su huésped y pariente á traicion, y le robó el dinero que llevaba encima.

—Ved lo que decís, señor Lesguidou, dijo Michaud dejando la cuchara sobre la mesa.

—Y, por último, el viejo Kerandal, agobiado por los remordimientos, se suicidó una noche en medio de un camino.

—¡Señor Lesguidou! exclamó Michaud olvidándose de que la liebre se enfriaba.

—El cadáver de Noel Trelan, prosiguió el señor Lesguidou, sin fijarse en el asombro de de Michaud, debe estar oculto en las Landas, ó en el fondo de las lagunas de Santa Gilda.

—¿Podríaís probar lo que estais diciendo, Sr. Lesguidou? preguntó cada vez mas alarmado Michaud.

—Lo probaré le contestó el señor Lesguidou, dando un puñetazo en la mesa que por poco hace zozobrar el plato de estofado.

—Tendria curiosidad de saber cómo, repuso Michaud.

—Ya lo vereis.

—¿Cuándo?

—Todo llega para quien sabe esperar. Hace doce años que espero y ya ha llegado lo que esperaba.

Michaud, al principio, había oído al señor Lesguidou como quien oye llover.

Pero sus graves acusaciones acabaron por alarmarle.

—Ahora mismo acabo de descubrir un detalle importante, prosigió el señor Lesguidou.

—¿Cuál?

—Esperad un momento.

Y volviendo á sentarse á la mesa, llamó á María.

—¿Qué quereis, señor Lesguidou? dijo Marta presentándose.

—¿Sabes cómo se llama la huéspedea que ha llegado de Paris?

—No, señor.

—¿No ha dicho cómo se llamaba?

—Nadie se lo ha preguntado.

—¿No tiene algun letrado su maleta?

—Yo no sé leer, señor Lesguidou.

—¿Qué equipaje ha traído?

—Una maleta y un saco de noche.

—Vé á su cuarto y tráeme el saco de noche sin que nadie lo vea.

—No me atrevo, señor Lesguidou.

—Tomá esa moneda y atrévete. De nosotros no

puedes creer que vamos á robar á la huésped. ¿Está todavía en la cocina?

—Sí, señor.

—Vé y vuelve pronto.

Marta comprendió que hacia mal, pero habia, tomado la moneda y no podía retroceder.

Dos minutos despues volvia al comedor, con el saco de noche de Juana debajo del delantal.

El señor Lesguidou le examinó atentamente y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

No se habia equivocado.

El saco de noche de Juana tenia estas dos iniciales *J. T.*

—Ya puedes llevártelo, dijo á María devolviéndole el saco de noche. Era una apuesta que habíamos hecho Michaud y yo.

Marta se alejó con el saco de noche debajo del delantal.

Ya era tiempo.

Un momento despues, Juana abandonó la cocina para dirigirse á su cuarto, y cuando ella subia la escalera, Marta la bajaba.

—¿Y cuál es el detalle que habeis descubierto? preguntó Michaud al señor Lesguidou, en cuanto salió Marta.

—¿Me prometeis guardar el secreto?

Ya os lo he prometido.

—¿No habeis adivinado cómo se llama la desconocida?

—No.

—Yo sí.

—Sois malicioso si los hay.

—El saco de noche tiene dos iniciales. Una *J* y una *T*. La *J* no sé lo que querrá decir, pero la *T* quiere decir fijamente Trelan. Es mas claro que la luz del dia. La desconocida es la hija de Noel Trelan, que en 1870 tenia diez años. ¿A qué ha venido á Bretaña? No puede haber venido mas que á averiguar el paradero de su padre. Es seguro. Tan seguro como que yo me llamo Lesguidou y vos Michaud... Tan seguro como que los dos estamos en este momento en la posada de la señora Jacut. Todo se descubrirá.

—No vendais la piel del oso antes de matarle, señor Lesguidou, dijo Michaud.

—¿Quereis otra prueba?

—Sí.

—Os la daré en secreto.

—¿Cuándo?

El señor Lesguidou se puso á contar con los dedos.

—Dentro de ocho días es el dia del perdon de Elven.

—Es verdad.

—Aquel dia os daré la prueba que os he prometido, son dos condiciones.

—¿Hay condiciones?

—Poco importantes.

—¿Cuál es la primera?

—Que sereis mudo como una piedra.

—Concedida.

—La segunda, que María Ana venga á Elven.

—Yo no puedo traerla.

—No exijo tanto. Tengo bastante con que no la impidais venir. Sois uno de los amigos de la casa.

El señor Lesguidou tenia inflexiones de voz terribles.

Pronunció estas últimas palabras como silba una serpiente.

Michaud estaba aterrado, creyéndose comprometido en un mal negocio.

Si los Kerandal, en cuya casa se le veia frecuentemente, habia cometido un crimen con ocasion de un robo, su amistad perjudicaba á su buen nombre,

Michaud sabia conducir su caballo mejor que dirigir una intriga.

Por lo mismo que le conocia, á nadie temia tanto como á Lesguidou.

El señor Lesguidou comprendió el efecto que habia producido en Michaud su revelación.

Y para tranquilizarle, le dijo que se le presentaba una buena ocasion de ganar las charreteras de oficial contribuyendo al descubrimiento de aquel crimen.

Michaud era esclavo de su deber, pero aquella vez su

deber le pareció odioso, dadas las relaciones que mantenía con la familia Kerandal.

—Terminada la comida, el señor Lesguidou pidió la cuenta, la pagó y se dispuso á continuar su camino.

Al salir de Elven vió á Juana que se paseaba por una calle de árboles, del único paseo que tiene el pueblo y la saludó cortésmente.

Una hora despues se separaban el señor Lesguidou y Michaud en una bifurcacion del camino, para dirigirse el primero á Melestroit, y el segundo á Penhoet.

— Buenas tardes, dijo Lesguidou á Michaud, y cnidado con la lengua.

Michaud dió la mano á Lesguidou, pero no se la estrechó como tenia de costumbre.

XXVI.

Confidencias

Berta Richard á Nicolasa Fonterose:

«He leído tu última carta, querida Nicolasa, y por ello veo que no has comblado en nada. Eres siempre romántica. En el país fantástico en que habitas no es posible contener las alas de la imaginacion. Tú eres la poesía, yo soy la prosa. Y si es un defecto en una mujer ser demasiado prosáica, la culpa de este defecto la tiene mi marido. No hay hombre más positivis-